RON PADGETT

MOTOR MAIDS: UN VIAJE MARAVILLOSO

PRÓLOGO DE EDUARDO LAGO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE DIEGO GARRIDO



Este libro está dedicado a la memoria de Kenneth Koch

CAPÍTULO 1

- —Anda, que a *mi* edad —empezó Miss Helen Campbell, reclinándose en su asiento y cruzando las manos como quien pide algo.
- —¿A tu edad *qué*, querida prima? —preguntó Guillermina «Billie» Campbell, que supervisaba los cinco maletones y el resto de su parafernalia, lista para el largo viaje en automóvil.
- —A mi edad, volverse una emigrante; ¡emigrante, emigrante! —exclamó la pequeña señora—. A mi edad, volverse una vagabunda, una gitana. ¡Emigrante! ¡Vagabunda! ¿Qué habría dicho el abuelo?
- Pues habría estado encantado, prima Helen, estoy segura —respondió su joven pariente.
- Qué vagabunda tan moderna añadió Nancy–,
 que viaja en automóvil y viste velo de gasa.
- —Y que tiene a cuatro señoritas esperando —dijo Mary—. Aunque ahora que estamos todas aquí reunidas, a punto de empezar este viaje maravilloso, no puedo evitar pensar que se trata de una aventura extravagante. ¿Está bien, extravagante? —le preguntó a otra.

Elinor no dijo nada.

Con una feliz carcajada, las cuatro chicas saltaron a sus asientos. Uno de los mozos de hotel le dio a la manivela un diestro meneo y desató el poder de la máquina, ansiosa de verse otra vez en el camino.

La rosa de Miss Campbell aún conservaba su rocío cuando ella y las Motor Maids comenzaron su viaje a través del continente, desde Chicago hasta San Francisco. Era una gloriosa mañana de finales de mayo y el aire helado hacía hormiguear la sangre bajo los carrillos. El coche rojo se deslizaba a toda velocidad bajo la luz del primer sol, con toda la belleza de su maquinaria en armonía perfecta; el cristal pulido de su parabrisas devolvía los cuatro felices rostros de las Motor Maids y el rostro inescrutable de su tía; como una alondra que vuela ligera, El Cometa encaraba la primera de sus muchas aventuras.

A través de Chicago viraron, cruzando por delante de las bonitas casas donde las doncellas, adormiladas, y los mayordomos, parpadeantes, subían las persianas de sus señores, dejando paso a la clara luz de la mañana; por las atareadas calles comerciales, que ya bullían en energía matutina; por los interesantes suburbios.

Billie, la automovilista, se lo sabía todo de pe a pa. Había trazado tantas líneas y curvas sobre sus cincuenta y tantos mapas y guías que su mente semejaba ahora un gran pájaro blanco, uno atravesado por una larga y brillante recta roja: el camino que El Cometa, inapelable, habría de seguir en dirección al Océano Pacífico.

No había nada, sin embargo, en estos sosos campos de trigo que pudiera suscitar el interés de nadie, siquiera de un loco. Pero había mucho de lo que hablar.

—¿No era hace apenas una semana que éramos colegialas del West Haven High, esclavizadas por sus

exámenes? —comentó Mary con alegría—. Y ahora miradnos, ¡libres como gorriones!

- —¡Colegio! ¡Colegio! —exclamó Nancy Brown, su cara acribillada de historias, matemáticas y latines como un San Sebastián es acribillado de flechas.
- —¡Fechas! —repitió Billie—. Las fechas son para el calendario.

Todas rieron ante esta ocurrencia, pues memorizar fechas era la *bête noire* de los días escolares de Billie. (Su profesora de historia, muy cuestionada, les daba a sus chicas fechas para desayunar y datos útiles para almorzar y merendar).

- —Pero la clase está en buenos términos con Miss Halcoon, ahora —aclaró Nancy—. Le hicimos un regalo.
- –¿Por qué le hicisteis un regalo? −preguntó Miss Campbell, curiosa y repentina.
- —Bueno, verás, al terminar el curso (calculamos) habíamos coleccionado ya unos ochocientos y pico datos útiles, nada que pudiéramos recordar, pero entonces Elinor, que pensaba en ellos más que ninguna otra chica de la clase...
- —¡Ciertamente! —protestó Elinor, rompiendo su silencio.
- —... y como nunca le dieron miedo siquiera las cosas terroríficas, fue elegida para hacer el discurso y entregar el regalo.

Miss Campbell sonrió. No se agotaba nunca. «¿Qué dijiste, querida?».

—Dije: «¡Ciertamente!» —repitió Elinor—. Oh, quieres decir en mi discurso. Dije que, representando como representaba a la clase, quería darle las gracias

a la señora por las espléndidas lecciones que nos había regalado el invierno pasado, y también que queríamos mostrarle todo nuestro agradecimiento haciéndole entrega de una pequeña remembranza.

- —¡Qué bien puesta, Elinor: rememdanza! —gritó Billie.
- —Si no se hubiera puesto tan contenta, y si no hubiera hecho esa oración tan de agradecimiento, no habría sido para tanto —dijo Elinor—. Pero me dio vergüenza cuando...
- —¿Qué había en el paquete, mi niña? —preguntó Miss Campbell.
- —Dátiles —enrojeció Billie—, docenas de dátiles tan bien empaquetados como se pueden empaquetar los dátiles, tal y como ella los había estado empaquetando en nuestros cerebros durante nueve meses.
- —¡Oh! ¡Oh! —exclamó Miss Campbell, tratando de ser risueña pero manteniendo su pesar—. ¡Alma de cántaro! ¡Qué avergonzada se debió de sentir la pobre mujer! ¿Estaba enfadada?
- —No podíamos saber si estaba enfadada o temporalmente loca. Se puso tiesa y recta como una escoba y quiso barrer el suelo.
 - -Puro estilo West Haven -añadió Nancy.

Billie sacó un sobre de su bolsillo y se lo entregó a las demás.

—Leedlo —se dijo a sí misma—. No lo he mencionado antes porque esperaba librarme de él y lo olvidé. Yo creo que Miss Halcoon es un poco rara.

Miss Campbell leyó la misiva en voz alta: *Tengo entendido que se dirigen ustedes hacia el Oeste en auto-*

móvil. Si, en su viaje, escuchan por casualidad el nombre de Halcoon, no lo tomen tan a la ligera como lo tomaron aquí en West Haven. En algún lugar hacia el Oeste ese nombre significa algo... Firmado: Anna Halcoon.

- -Uuuh -dijo Elinor.
- -En realidad -siguió Billie, ahora insegura de su broma-, creo que le hicimos daño.
- —No menos daño nos hizo ella con sus broncas por olvidar esos dátiles y esas fechas tan horribles. ¡1066, 1776, 1789, 1812, 1865! —siguió Nancy, implacable. El tema daba para más.
- —Ay, bueno —pero concluyó Miss Campbell—, no creo que fuese exactamente respetuoso darle a la señora una caja de dátiles secos. Pero en fin, rompe la carta y todo olvidado. Es una anciana inofensiva.

Miss Campbell favorecía a otras solteronas.

- —Tal vez se refiera a la poderosa familia de los halcones-gallina —observó Nancy.
- −¿Y qué me dices de la famosa familia Al-Koon?−sugirió Billie.

(Eso, ¿qué?).

Entonces, este incidente extrañamente oportuno ocurrió.

Con la imagen de una gran ave rapaz todavía aleteando en sus cabezas, aquí que sonó un zumbido en el aire.

Nancy se inclinó hacia fuera del automóvil y levantó la vista.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó— ¡Para, mira! ¿Qué es eso? Billie paró el coche y las chicas saltaron a la carretera, contorsionando sus cuellos para escudriñar los cielos. Volando hacia el Oeste, pero aún a cierta distancia, surgió lo que a primera vista parecía un buen pájaro de alas extendidas, descendiendo veloz como una rapaz a por su presa.

—Se trata de un aeroplano —susurró Billie, casi con entusiasmo.

A derecha y a izquierda se movía el gran churro luminoso produciendo grandes olas de calor ondulante. Menos de cien años atrás, ¿qué habrían dicho los viajeros en sus carros de madera a través de las praderas si hubiesen visto tal objeto volador?

Allí que volaba, como una gigantesca mosca, sobre sus cabezas. En la clara atmósfera, peculiar de esta región tan limpia y llana, pudieron distinguir claramente un ser humano a los mandos. Entonces, como si la altitud bajo sus ojos no fuese ya lo bastante grande, el hombre volador empezó a elevarse con pompa en el éter azul, arriba, arriba, hasta ser un lunar.

El automóvil quería seguir, pero Miss Campbell se sentaba a un lado del camino.

- —No puedo soportarlo —dijo—. Supongo que ya nunca volverá.
- ─Lo que se va, ya ha vuelto ─observó Mary, en voz baja.

Confirmando inmediatamente esta reciente profecía, la máquina voladora entró de nuevo en el campo de visión, pero su motor ya no zumbaba. El aeroplanista tiraba de sus mandos hacia un lado y hacia el otro en pleno frenesí, pero nada: con una repentina torsión, la máquina descendió a piñón y dio con la nariz en el suelo.

- —¿Es así como aterrizan? —preguntó Miss Campbell.
- —No, nada que ver —contestó Billie mientras arrancaba El Cometa—. ¡Adentro, rápido! Algo debe de estar roto. Puede estar herido.

Un momento, y ya estaban desfilando por el borde del campo; donde habían visto el...

-¡Ahí! -gritó Nancy, ya a un lado del camino.

Desafortunadamente, un alambre separaba el campo de este camino, para evitar que el trigo más joven y rebelde se escapara. Como Billie ya tenía problemas para salir de la cama, en su pura prisa, se hizo un considerable boquete en la chaqueta. Pero rápidamente se la quitó, con la imprudencia de quien es joven y tiene entre manos algo más importante que telas de pongi, y la arrojó de nuevo al camino, donde la prenda se encontró con el desaliento de Miss Campbell.

En medio del campo yacía la máquina volante, que parecía ahora una colorida cometa atrapada en el calor de una barbacoa. Pero ¿dónde estaba el ser humano que hace un momento surcaba el cielo y sus moléculas montado en ella?

El pie de un hombre sobresalía de entre los desperdicios y revelaba cinco dedos agarrotados.

No fue tarea fácil desenredarlo de las ruinas, y requirió de toda su fuerza y voluntad también, con su cara blanca aún vuelta hacia arriba; pero, por la gracia de la Providencia, que mira por las vidas de los temerarios, el joven ni tan solo se había hecho un rasguño. En cualquier caso, su crecimiento se veía atrofiado; y más aún cuando Miss Campbell, que

se las había arreglado para pasar por el agujero de la chaqueta de pongi de Billie, lo trajo de vuelta a la vida con su olor.

—Si tan solo pudiera evitar ver —empezó él, abriendo los ojos para encontrar las cinco caras de las damas que lo miraban en estado de más o menos excitación.

El aeroplanista ya era lo bastante pequeño. Tenía rasgos rojizos y mandíbula.

- -iOh! —exclamó—. Pues *no* fue un sueño. Lo hice. Las chicas pensaron en privado.
- —Te caíste del cielo —dijo Nancy al fin.
- —¿Se encuentra usted mejor? −preguntó Miss Campbell, aplicando su olor otra vez a la nariz.
- —Estoy respondiéndole —le respondió el otro, tambaleándose un poco mientras se levantaba y mirando con tristeza el aeroplano destruido. Ellas se dieron cuenta de que no vestía como un mensajero de película. Vestía ropas y corbata marrón del marrón de su pelo, y una gorra con visera—. Señoras, permítanme que me presente. Soy Blaise Cendrars. Gracias por haber venido —dijo a sus sentidos, que volvían—. Me estaba yendo bien la cosa, pero sentí que se venía... y ya no pude frenarlo, no; fui derribado como un triste Fokker.

Las chicas parpadearon.

- -¿Qué va a hacer con todo esto? –preguntó Billie, apuntando a la chatarra.
- Un beso y adiós... respondió él, melancólico –.
 Sigue todo ahí, hasta donde puedo ver.
- Oh, entonces, ¿podemos llevarnos un souvenir?
 preguntó Nancy, que era una sabuesa de los souvenires.

- —Sírvase usted misma, señorita —respondió el joven, sonriendo pero débilmente y presionándose el golpe con la mano.
- —¡Pobrecito! —exclamó Miss Campbell—. Usted sufriendo y estas niñas pensando en souvenires.

El campo remoloneó un poco tras la máquina y ofreció un pedazo. Pero Nancy escogió otro que yacía separado del resto y, después de trepar con cautela y de vuelta por la alambrada, lo guardó en una cámara interior del automóvil y luego lo olvidó por completo.

Mucho tiempo después habría de felicitarse por su decisión de haber obedecido a su primer impulso.